



NUM. 45.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 8 DE NOVIEMBRE DE 1863.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 40 á 15 pesos.

AÑO VII.

REVISTA DE LA SEMANA.



amos andando: el tiempo vuela y los sucesos se precipitan. Despues del día de Todos los Santos llegó el de todos los difuntos, luego la ceremonia solemne de abrirse las Córtes, y despues la votacion de la mesa del Congreso, que

era cuestion magna. Es decir, que despues de las castañas asadas, que es lo que al parecer caracteriza el día de los Santos en Madrid. hemos tenido los buñuelos de viento, sello especial del día de difuntos, y luego la formacion de tropas en la carrera, distintivo de una apertura solemne, y últimamente el agua y azucarillos, acompañamiento de toda reunion parlamentaria.

En todos estos días el cielo se ha presentado despejado, el aire frio como amenazando pulmonías, el piso seco, las conciencias húmedas; algunos ojos han vertido lágrimas; otros que tenían vigas delante de sí han procurado quitar ciertas pajas que veían en los agenos.

En la tarde del día 4.º de este dichoso mes, que comienza por los Santos y acaba por San Andrés, ha acudido á los cementerios una concurrencia tan numerosa como todos los años. Esta gran concurrencia necesariamente escluye el recogimiento y la melancolia que deberian distinguir á la visita de semejantes lugares. Compréndese perfectamente que un pueblo reunido pueda mostrarse dolorido y triste cuando se trate de conmemorar una gran calamidad pública: el dolor general necesita un ser colectivo para espresarlo. Mas cuando se trata de desgracias y pérdidas individuales, la concurrencia daña á la manifestacion del pesar, distrae al individuo y las fiestas de esa clase se convierten en paseos, en romerías, en una ocasion de diversion

mas que de otra cosa. Asi es que la carrera desde la poblacion á los cementerios se llena de puestos de castañas, de confituras, de panecillos, y los vendedores despachan tanto en estos días como en las fiestas de San Isidro ó en las verbenas. Los que en la tarde del día de los Santos, sienten una verdadera afliccion por las pérdidas que han experimentado de objetos queridos, acuden con preferencia á los templos. Justo es decir, que si los cementerios han estado concurridos, las iglesias no lo han estado menos, y por consiguiente, que si nos amenazase, como algunos creen, la suerte de Sodoma, Gomorra y las otras tres ciudades condenadas que yacen en el seno del Mar Muerto, no solo se encontraría un Lot que se salvara por la misericordia divina, sino muchos. Los ángeles podrian escoger Lotes á puntillones, y especialmente mujeres curiosas capaces de volver la cara atrás quinientas veces en dos minutos.

La apertura de las Córtes se verificó el miércoles con el ceremonial de costumbre, previamente publicado en *La Gaceta*. La corte salió de palacio á las doce por entre dos filas de soldados, conducida en elegantes y lujosos coches de diversas formas y materias, tirados por briosos y bien adornados caballos. En el pórtico del Congreso esperaban á la comitiva las comisiones de este cuerpo y del Senado; y la reina leyó el discurso que llevaba preparado y que está sirviendo de comentario á las observaciones de la prensa política, pero que no puede caer bajo la jurisdiccion de EL MUSEO, en atencion á que no habiendo depositado 15,000 duros en el Banco, no ofrecemos la garantía suficiente ni somos de bastante peso para emitir una opinion. Por eso no tratamos de comentar aquí tampoco el resultado de la votacion de la mesa, que se verificó el jueves y que dió la victoria al señor Rios Rosas (don Antonio) candidato del gobierno, contra el señor Mon, candidato de la oposicion.

El salon de sesiones del congreso se ha adornado nuevamente con una magnífica araña traída del extranjero, que ha costado bastantes miles de duros y ha necesitado que se refuerce el techo para sostener su grave peso. Es cosa buena y de gran mérito artístico y lucirá cuando se le pueda dar el gas necesario, lo cual parece que no es posible por ahora. Tambien ha llegado ya, y está recibiendo el justo tributo de la admiracion general, el cuadro del señor Gisbert, de que hemos hablado en otras ocasiones, y que ha justificado todas las esperanzas que se tenían respecto de su perfeccion.

El gobierno en esta semana ha mandado preparar datos y noticias para resolver una cuestion de utilidad universal para nuestro país, y es la del desestanco de la sal. Tenemos entendido que el señor Lazcoiti, hoy ministro de Hacienda, fue quien en 1855 preparó el proyecto que el ministro Bruil presentó á las Córtes Constituyentes sobre este asunto. Por lo mismo es de esperar que la reunion de datos, que en su mayor parte están como si dijéramos á la mano, sea cosa de pocos días, y que el proyecto de desestanco de la sal sea uno de los primeros que presente el gobierno y aprueben las actuales córtes. Quiéralo el cielo, y el diablo sea sordo, y quédese esto aquí.

La policia ha formado un reglamento muy curioso acerca de los establecimientos que Solon llamaba *dicas-terios*, y de las *hetarias* que los poblaban. Esta clase de establecimientos no hay que decir que son mas antiguos que Solon: ya en el Asia, de los que habia en el templo de Venus Militha se cuentan maravillas; pero Solon fue el primero que sujetó á leyes y reglas fijas, y aun cubrió con el manto de una proteccion oficial, estas casas. Los Solones de ahora, con el plausible objeto de disminuir la prostitucion, y sobre todo de evitar sus malos efectos en la moral y en la salud públicas, han dictado varias medidas, que si fueran tan acertadas como merecia su buen celo, indudablemente darián ópimos frutos. Mas por desgracia, en lo de acertar con el medio de mitigar el mal, es en lo que precisamente ha sido desgraciada la sabiduría de los Solones españoles. Hay un artículo en el reglamento que casi cierra la puerta á las desdichadas que de él son objeto para volver al camino de la virtud, y para desecher la nota de infamia que los registros y empadronamientos de policia les imponen. Segun ese artículo, la que quiera volver á ser mujer honrada, necesita presentar un fiador que responda de ella en adelante, sopena de una fuerte multa y hasta de prision. ¿Quién será el atrevido que con esta perspectiva se atreva á salir garante del porvenir? Cualquiera puede certificar acerca del arrepentimiento de un pecador, ¿pero quién puede responder de que no volverá á cometer un pecado? Los señores á cuyo cargo corre la policia, deben reflexionar un poco que el justo peca siete veces al día, que San Pedro negó á Jesucristo tres veces, y era San Pedro, y que la Magdalena llevaba ya varios arrepentimientos cuando echándose á los pies de Jesús dió muestras del arrepentimiento definitivo. Bueno es que se adopten medidas de policia y sanidad para ciertos ca-

nos y ciertas casas, pero siempre hay que tener cuidado de dejar ancha puerta á la enmienda, siempre hay que dejar ámplios medios de lavar la mancha. Esto es tanto mas indispensable, cuanto que las medidas de que se trata pueden con mas frecuencia dar lugar á equivocaciones lamentables, á *quid pro quos* que no especificaremos en este momento, pero que naturalmente se presentarán al ánimo de la policía á poco que reflexione.

Y ya que hablamos del asunto, insistiremos una vez mas en la necesidad imperiosa de recoger en los asilos y establecimientos públicos, á los menores de edad que viven en esta atmósfera del vicio. Señor gobernador ¿no ha leído V. E. siquiera una vez lo que tantas veces hemos dicho sobre este punto? Otra pregunta: en esos registros de infamia que se han hecho y están haciendo ¿se inscriben tambien las niñas menores de edad? Hemos oído decir que sí. ¿Señor gobernador por compasión! ¿No es mejor recogerlas y educarlas?

Hoy no hablamos de ferro-carriles y no porque en la semana pasada no hayamos tenido un descarrilamiento y muchas detenciones de trenes. Hemos recibido una carta de Tortosa con algunos detalles de lo que sucede en esta materia, detalles que agradecemos al autor, y que utilizaremos oportunamente.

Los teatros no han dado ninguna cosa nueva estos dias.

Per esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA

FRENOLOGIA,

MATERIALISMO Y LIBRE ALBEDRIO.

Se ha dicho con frecuencia que la frenología, en caso de ser cierta, es una verdad de las mas peligrosas, porque conduce necesariamente al materialismo, y porque por ella se ha perdido la creencia, tanto en la inmortalidad del alma como en el libre albedrio del hombre. Sin embargo, solo los entendimientos muy limitados pueden considerar como peligrosa la aspiracion que tiene y debe tener el hombre á conocer la verdad de las cosas en cualquiera de las materias que puede abarcar. Entre todas las infinitas verdades que el hombre ha llegado á descubrir en el trascurso de tantos siglos de investigaciones penosas y profundas, no hay ni una sola que haya sido ó que hubiera podido ser peligrosa para sus principales y mas elevados intereses, como su virtud, su bienestar, etc. No es en la verdad, sino en el error y en la ignorancia donde puede existir el peligro.

Sostener que la frenología conduce al materialismo y niega la inmortalidad del alma, porque enseña que el espíritu del hombre está unido á órganos corporales, es un error grosero. Decir que el espíritu necesita de estos órganos corporales para estar en actividad en esta vida, no es dar á entender que el espíritu mismo sea un cuerpo. Así como el ojo no es la vista misma, sino el instrumento de ella, así tambien el cerebro no es el espíritu mismo, sino el instrumento del espíritu. Juzgando las cosas como las juzgan los enemigos de la frenología, se podría decir igualmente que el necesitar el hombre ojos para ver y oídos para oír, está en contra de la inmortalidad del alma, porque ésta no puede ver ni oír en la vida futura.

Hay muchos hombres, en efecto, que rinden culto á este materialismo, que sin embargo no está basado mas que en la íntima union del espíritu con el cuerpo. Como quiera que sea, la prueba de que la frenología no ha producido el materialismo, está en que éste existia mucho tiempo antes de que se supiera nada de aquella. Los frenólogos consideran la union del espíritu con el cuerpo del mismo modo que se ha considerado hasta aquí, pues la frenología no dice que esta union sea mas estrecha ni distinta de como se la ha mirado hasta ahora, y no hace mas que demostrar las particularidades de ella. El cerebro es y queda como el órgano del espíritu, y con respecto á la cuestion del materialismo, es completamente indiferente el que se le considere como un órgano sencillo ó combinado. Aun cuando no se quiera considerar como asiento principal del alma al cerebro, y sí á otra parte cualquiera del cuerpo, como por ejemplo, al corazón, aun en ese mismo caso se tendrá en el corazón un órgano corporal para la esplicacion del hecho de que el espíritu está ligado al cuerpo en esta vida. Gall, á quien tantas veces se le habia echado en cara el materialismo de su doctrina, reunió una multitud de pasajes, hasta de los padres de la Iglesia, en los que se enseña y se sostiene que el espíritu está ligado á los órganos corporales. En conformidad con esto se ve que los frenólogos rechazan con tanta frecuencia la idea del materialismo, como la admiten los que no lo son.

La cuestion del libre albedrio tiene mucha semejanza con la del materialismo; sobre el libre albedrio se ha disputado tambien antes de tener conocimiento de la frenología. Al ver la poca libertad de algunos hombres en lo que respecta á sus inclinaciones, y no conociendo las fuerzas fundamentales del espíritu, se conside-

raba al temperamento ó á la sangre como la causa que ligaba ó limitaba su libertad. Sin embargo, la relacion que tiene la frenología con el libre albedrio, es distinta de la que tiene con el materialismo. La verdad no puede perjudicar á nadie, mas bien puede llegar á ser muy útil. La frenología no ataca al libre albedrio; por el contrario, si una vez llega á ser bien conocida, no habrá nada que sirva para elevar tanto como ella, el libre albedrio, es decir, la libertad moral de los hombres y de los pueblos. Para esponer esta verdad, debemos primero penetrar mas en la cuestion del libre albedrio.

Hay filósofos que han considerado al hombre como un ser completamente libre; otros por el contrario han dicho que carecia de todo punto de libertad; ambas opiniones son erróneas. Jamás el libre albedrio está ilimitado en el hombre; lejos de eso, siempre es una cosa mas ó menos condicional y limitada; de lo contrario, el hombre no seria hombre, sino un dios y hasta el niño seria incondicionalmente libre á no ser que una vez formado debiera pasar de un modo súbito del estado sin conocimiento de la niñez á una libertad incondicional é ilimitada. Lavater dice: «El hombre es libre como el pájaro en la jaula; tiene marcado su círculo de accion y de sensacion del cual no puede salir. Cada uno tiene como el contorno particular de su cuerpo, un espacio determinado é invariable.» Y Gall dice: «No todos los hombres gozan de igual libertad moral porque ésta es, segun la formacion, mas ó menos feliz de su espíritu, segun las circunstancias exteriores, segun la educacion, la religion y el conocimiento de las leyes y de los deberes de la sociedad. Los hombres de grandes dotes tienen la mayor libertad, los imbéciles la menor.» Tambien desde el niño hasta el hombre, desde el salvaje hasta el hombre civilizado, desde el mas vehemente hasta el mas pacífico, es una cadena no interrumpida, cuyos anillos se diferencian solo por la mayor ó menor libertad moral que gradualmente los separa.

La medida del libre albedrio del hombre está tambien en una proporcion igual á su organizacion moral é intelectual; pero la educacion del hombre consiste desde luego en ciertos conocimientos entre los cuales, la frenología como la ciencia del conocimiento de sí mismo y de los hombres, ocupa el primer lugar por mas de una razon. La frenología en tanto que hace conocer al hombre las innatas y diversas facultades morales que posee, sus facultades animas inferiores y sus facultades humanas superiores, espresándole así el precepto de la naturaleza de que someta las que son inferiores á la direccion de aquellas que hacen de él un ser humano, es una ciencia útil; en otras palabras, en tanto que la frenología sirva para mandar al hombre que sea hombre, esta doctrina del conocimiento de los seres humanos es tambien una doctrina de virtud. Ser verdaderamente hombre, es ser virtuoso y proceder humana y virtuosamente. Pues que la felicidad y la alegría dependen solo de actividad de las facultades del espíritu en conformidad con la naturaleza, la felicidad, la alegría, la humanidad y la virtud, están todas en el mismo caso. La frenología por ser una ciencia natural, tiene en sus verdades vivas y evidentes un grande atractivo para el hombre, al que obliga, por decirlo así, á que considere la vida propia de su espíritu examinándola y comparándola con otras; en una palabra, le enseña á conocerse. Hay muchos hombres que viven solo en la vida exterior, porque en sí mismos no se consideran en su centro; hay jóvenes de grandes dotes que caen en el sensualismo, porque no han aprendido á conocerse á sí mismos, á su ser mas noble y mas recto. Y al mismo tiempo ¿cuán comprensible es la frenología! Un niño podría comprender sus verdades. Se puede decir á una criatura: no debes dejar que te domine ese sentimiento bajo que tienes en tí, debes acostumbrarte á sujetarle á tal otro que es mas elevado. Por esta razon deben tomar parte en los beneficios de la frenología, hasta las clases mas inferiores de la sociedad, lo cual producirá un bien, tanto mayor, cuanto que estas clases carecen frecuentemente de otros medios de educacion y las mas de las veces se hallan espuestas á olvidarse, bajo el peso del trabajo, de echar una mirada á su ser moral. Sabido es que en los países en que viven juntos hombres de sangre mista hay una lucha perpetua acerca del color; mientras mas claro es éste y mas se aproxima al blanco, mas noble, y por decirlo así, mejor nacido se considera al hombre, si la frenología llega á ser algun dia generalmente conocida, entonces la cuestion acerca de la organizacion del espíritu y del grado de humanidad, dominará á todas las que pueden existir acerca de la diferencia de clase.

Se dirá: si un hombre, por ejemplo, tiene inclinacion al robo, ¿no alegrará y no podrá alegrar si ha robado, como causa primitiva de su delito su propia organizacion? A esta objecion se la puede contestar con otra pregunta: ¿qué contestará el juez al homicida que para excusar su acto criminal alegue como origen de él su temperamento violento y colérico? ¿No debes dejar que tu temperamento te domine! Pero penetremos aun mas en la cuestion del libre albedrio y comparemos los dos casos de conocimiento y de no conocimiento de la frenología en la propension á un delito cualquiera, al robo, por ejemplo. Supongamos que un hombre cualquiera tiene esta desgraciada propension y

que no conoce la naturaleza de su espíritu, figurémosnos estar en su interior, ¿cuál será su sensacion? ¿cuál será su suerte? Luchará contra su propension y tal vez salga vencedor; pero si á pesar de todos los esfuerzos sucumbe en el combate contra sí mismo, se considerará en su interior como manchado por el crimen y hasta como poseido por el demonio y el abandono de sí mismo y la desesperacion serán las consecuencias necesarias de esto, como sucede en general con todos los desgraciados que se hallan en este caso. Figurémosnos por el contrario, estar en el interior de un hombre que tiene la misma propension, pero que conoce bien su organizacion ¿cuál será el estado de su ánimo? Sabe que no todo su espíritu está manchado con el crimen, sino que solo algunas facultades de él, tales como el sentimiento de la ocultacion y el de la adquisicion, son mucho mas fuertes que las demás; sabe que todo hombre tiene defectos de carácter mas ó menos graves, contra los cuales tiene la obligacion de luchar, si bien la naturaleza ha hecho mas difícil para unos y mas fácil para otros la tarea de la virtud; sabe, y esto es de la mayor importancia, como una verdad evidente de las ciencias naturales, que así como el brazo que se ejercita diariamente es mas fuerte que el que no se ejercita, del mismo modo los órganos del cerebro correspondientes á las facultades del espíritu llegan á ser mas fuertes por el ejercicio constante de ellos y mas débiles por la falta de este ejercicio; sabe tambien que si llama en auxilio suyo la actividad de sus sentimientos mas elevados para combatir su inclinacion y deja en una inaccion constante sus sentimientos mas bajos, sabe decimos, que ninguno de sus esfuerzos será perdido, sino que lejos de eso, cada uno de ellos le llevará un paso mas cerca del objeto que se propone y que restablecerá la armonia entre las facultades de su espíritu. Además en este segundo caso, el valor del hombre para combatir su mala inclinacion será mucho mas firme, y la esperanza de una victoria infinita mucho mayor; en una palabra, su libre albedrio estará mucho menos limitado por su conocimiento de la frenología.

¿Cómo es, que sin embargo, el hombre no vence esta inclinacion? Porque á veces se muestra semejante á un niño que carece de uso de razon, que no se halla en el mismo grado de libertad moral que los demás hombres y que no merece ser admitido como individuo de igual condicion en la sociedad. De aquí proviene el que se le considere como á un niño mal criado y que se le coloque bajo ciertas reglas que sirvan para dar fuerza y apoyo á su débil sentimiento moral y que hagan esperar que se enmiende. Esta enmienda es la verdad muy difícil cuando se trata de un hombre ya formado, pero que intelectual ó moralmente es aun un niño. Por esta razon da la frenología tanta importancia á una educacion temprana, sumamente temprana y á la formacion del espíritu y del cerebro, si ambas cosas se hallan todavía en estado de recibir cierta forma. Por grande que pueda ser la diferencia del espíritu entre los hombres, apenas nacerá ni uno siquiera con una disposicion tan desfavorable, que esceptuando los casos de completa imbecilidad, no pueda corregirse mucho en él por medio de la educacion, éste defecto de la naturaleza para que por lo menos viva en sociedad con sus semejantes y merezca verdaderamente el dictado de hombre.

A.

ESPECIFICACION CIENTIFICA AL PACIFICO.

A bordo de la fragata *Triunfo*.— Agosto 9 de 1865. Con rumbo á Panama.

Las brisas suaves arrastran dulcemente la fragata hacia el hemisferio Norte; mañana es el aniversario de nuestra salida de la bella *Cádiz*. ¿Cuántos acontecimientos en un año de viaje! ¿Cuántas variadas emociones! Sin embargo, el tiempo se nos ha hecho corto, y hemos olvidado casi lo pasado, no hay como la mar, parece que arrastra á su fondo todos nuestros pensamientos y llevo á confesar que se hace uno egoista; no se piensa sino en hoy, el ayer parece escrito con yeso, que desaparece; el mañana de tanto hablar de él ni se espera; es una condicion rara y escepcional y un estado indefinible el que produce la mar.

Pero lo mas maravilloso, lo mas raro, lo increíble es el ver que sin comunicaciones con nadie, nacen cada dia noticias sin saber cómo; hoy dicen que volvemos á España; esta cantinela es desde que salimos, es como la oracion que se repite todos los dias, otros dicen que vamos á la Habana, otro dia, que se volverá la escuadra por el cabo de Buena-Esperanza, otro dia que vamos á California, otro que no, en fin, me he convencido de que todos son invenciones segun el deseo de los inventores de estas noticias; lo que sea sonará y adelante.

El primer punto en que tocamos desde la salida del Callao ha sido Payta; es decir un monton de arena; vegetacion ni la mas mínima mata, horroroso, mas feo que Stanley y mas triste aun.

La poblacion es de cañas, los tejados de barro, que de lejos se confunden con el terreno, las calles estrechas por el gran calor que hace; es un pueblo solo de

pescas; las frutas de Payta, chirimoya, granadilla, las traen del interior para los vapores. Solo adquirimos la coneja llamada de *Vesus* y algunos *guacos*, vasos peruanos que compré.

El 3 en la tarde llegamos á *Puná*, isla del río Guayaquil, situada 2° 43' de latitud meridional y 1° 23' de longitud occidental. Es un pequeño pueblo construido en un desigual terreno, pero de bellísima vista. Su fundación es nueva, pues el pueblo viejo está al Oeste de este lugar y en mal sitio. La isla de *Puná* es de bastante extensión y tiene la figura de un cuero de res: en su interior tiene mucha madera de mangle que forma parte de la industria de sus habitantes. Tiene sitios con manantiales de agua para los ganados que hay en alguna cantidad. Los sitios más concurridos son Punta Española, Agua-piedras, Pasage; la isla tiene un placer de sal.

Al día siguiente á las cinco pasamos según orden del general, los señores Amor, Martínez, dos oficiales y el que esto escribe á bordo de la goleta *Covadonga*, donde se hallaba embarcado su excelencia con algunos oficiales de su Estado Mayor; para que remontando el precioso río Guayaquil visitásemos la población del mismo nombre. La música formaba el adorno de la comitiva. Las fragatas quedaron en *Puná*, pues aunque hubieran podido entrar hasta Guayaquil, había que esperar la luna siguiente para poder salir por bajar mucho el río de aguas en algunos puntos y podría haber riesgo.

Cuatro horas escasas pasamos en este viajecito de placer, conversando con nuestro amable general; á las diez divisamos ya en la derecha márgen la población rodeada de montañitas llenas de vegetación, no muy corpulenta.

El sol nos deshacía con sus fuertes rayos; y todas las casas del muelle vimos tenían soportales y galerías altas con cortinas. La música nuestra rompió con un paso doble; á poco en el muelle vimos y escuchamos otra música; era la de artillería, detrás traían seis ó ocho cañones de á cuatro. Querían saludarnos, pero teníamos que hacérlo nosotros antes, era un inconveniente para la goleta que solo cuenta con dos cañones; por fin con ellos se saludó con veinte y dos cañonazos y contestó la plaza con sus cañoncitos.

A las doce desembarcamos después de haber recibido el general varias autoridades.

Guayaquil es la capital del cantón; está situada en la ría de su nombre en 2° 12' latitud meridional y 1° 43' de longitud occidental del meridiano de Quito, capital de la república del Ecuador. Su altura es casi á nivel del Océano, sobre un variado terreno; su temperatura media es de 26° con un clima húmedo.

Guayaquil fue conquistada por Sebastian Belalcázar en 1533, y acabada su fundación por Orellana en 1537. Se erigió en obispado el año 1837. Residen aquí la corte superior del distrito, el tribunal del consulado general de comercio y la aduana principal de la república. Esta ciudad es de las más importantes del Ecuador por su puerto, un poco de astillero y su posición en el Pacífico, que la hacen muy mercantil.

La población se presenta agradable y original á la vista; se divide en dos partes: la que se extiende desde el pie de la colina de Santa Ana hasta la calle de la Merced se denomina Ciudad-Vieja; y la otra á continuación, extendida á lo largo de la orilla hasta concluir el astillero, se llama Ciudad-Nueva.

La ciudad se ve cortada por cinco *esteros* (1) muy pintorescos algunos de ellos, con puentes de madera entablados. Sus construcciones son de madera y cañas, siendo muy singulares las casitas elevadas como dos varas del suelo con puntales de troncos de árbol y los mamparos ó paredes de cañas: esta es vivienda de gente del pueblo.

Las calles tienen las casas con arcadas por causa del sol. La catedral es de madera, y aunque no de buen gusto, es bonita y llevo de ella dos planchas como ustedes verán. El interior es de madera oscura, muy linda; se compone de tres naves; la principal, cortada por dos hileras de columnas de orden jónico, bastante bien trabajadas, será lástima que la pintarrajeen, como ya lo han hecho en el exterior, aunque es disculpable, por su conservación; pero al interior una ligera capa de barniz sería mucho más sencillo y luciría la bella veta de sus lindas maderas.

Las demás iglesias son San Agustín, San Francisco, Santo Domingo, la Merced, el Sagrario, San Alejo y la Concepción, casi todas de madera. Santo Domingo es el templo más antiguo y sus paredes son de cal y canto. Tiene una plaza principal y las placetas de San Francisco, Santo Domingo y la de la parroquia de Ciudad-Vieja.

Para la enseñanza hay dos colegios: uno nacional llamado de San Vicente, y otro seminario de San Ignacio. En ellos se enseñan las lenguas castellana, latina, inglesa y francesa, el derecho civil, la filosofía y teología. Hay escuela de náutica, y fuera de estos colegios se hallan escuelas de primeras letras.

Hay dos plazas de mercado, que son dos edificios cruzados por soportales y muchas barracas para las vendedoras.

La población de Guayaquil es de 22,000 almas.

(1) Estero, riachuelo, arroyo.

Una de las mañanas fuí á dar una vuelta por la campiña; atravesé la ciudad nueva y la vieja, y al volver la punta del cerro de Santa Ana, me encontré en una bella planicie, rodeada de montañitas llenas de verdura, de trecho en trecho casitas de madera y caña habitadas por indios civilizados y negros.

Aquellas barracas de cañas medio en el aire, tienen cierto aire de independencia, de naturalidad medio salvaje, dan á los hombres una grosería aparente que es á la que deben la bondad de su alma, sencilla en fuerza de admirar la calma de los campos y las risueñas bellezas de la creación. Estos pensamientos me sugirió el paseo por aquellas campiñas, hablando con unos y con otras; ya eran un campo con su media lengua, ya un blanco á quien las desgracias llevarán hasta allí, y una bella mulata, como la que ví en una limpia y aseada barraca. Era una belleza típica enteramente perfil griego, los labios fuertemente pronunciados como en algunas bocas de las estatuas antiguas: sus formas que descubrieron su caída camisa blanca y una saya ceñida, la hacían parecer una figura, medio bíblica, una Rebeca; y cual ésta calmó mi sed, no con agua, sino con una bebida que llaman *guarapo*, que sacó en un vaso de un cacharro de una forma rara.

No lo dejé de tomar en un principio con cierta prevención, lo que notado por ella:

—¿Qué no le gusta?

—Sí, dije, pues, efectivamente, la bebida era agradable; repetí otro vaso y luego me ofreció en una hoja de plátano una composición de azúcar, miel y maní, que no tuvo tan buena suerte como el *guarapo*, porque me disgustó.

Mil preguntas la hice de usos y costumbres; era hija de un pescador; las redes y el cuévano de cañas para encerrar el pescado lo atestiguaban; cuando le ocurría alguna duda, preguntaba á la madre que se hallaba en un piso más arriba también de cañas. Admirando me estuve tan singular belleza, que hubiera podido ser un tipo novelesco; aquellos ojos negros de abundantes pestañas, aquel tinte entre oro y cobre, hacían un singular contraste que nunca olvidaré.

Quise darla unas monedas y las rechazó; solo tomó una tarjeta de unas figuras que llevaba en mi cartera.

Despedíme hasta el siguiente día de Ana, que este era su nombre, y he tenido el sentimiento de no poder volver á ver á mi medio india.

Tres días tan solo hemos permanecido en Guayaquil; el primero para hacer una docena de vistas. Mi deseo hubiera sido poder visitar á Quito y el Chimborazo; pero la prisa nos mata las ilusiones, naturalmente como estamos sujetos á los movimientos de la escuadra.

El 6 á las dos de la tarde salimos en un vaporcito de poco calado, pues la goleta había marchado el día anterior; en él iban además del general, oficiales y los individuos de la comisión citados ya, el gobernador, joven simpático y muy instruido, el cónsul francés y el cónsul inglés, además de gran número de españoles, entre los que hemos tenido cordialísima acogida.

Llegamos á *Puná*, el general les dió una comida, y luego vinieron á visitarnos á la *Triunfo*.

Llevamos buena navegación; un recuerdo á los amigos y hasta mi próxima epístola; no dejen de acordarse de este marino de afición.

R. C. y O.

INUNDACION DEL LLANO DEL LLOBREGAT.

Hoy damos una vista de las inundaciones que han llenado de consternación las orillas del río Llobregat.

La inundación de la parte baja del Llobregat, convirtió en un lago desde San Feliú hasta el mar, y desde San Boy, hasta cerca de la Bordeta: entre las aguas se veían árboles, casas y hasta poblaciones. El pueblo de Cornellá se inundó en su mayor parte, de tal manera, que las casitas de la plaza y calle Mayor, tenían agua hasta la altura de un metro. Parte de las calles de Molins de Rey, San Juan Despí, San Boy, Cornellá y el Prat, se inundaron por completo. En el Hospitalet llegaba el agua hasta las tapias de la población, y en las inmediaciones de la quinta del señor Mercader atravesó la carretera.

Los trenes al día siguiente de la inundación, solo llegaron hasta la primera estación antes de Martorell, pues al pasar el agua por encima de los terraplenes, donde estriba el puente sobre el Llobregat, los agrietó de tal manera, que la vía quedó desnivelada.

En las fábricas de Monistrol ocasionó algunos daños la avenida del Llobregat; de la más inmediata á la estación se llevó el nuevo puente americano que se acababa de construir y entrando en las cuerdas, hasta unos ocho palmos de altura, arrastró hasta el mar el aigodón que había en los almacenes.

Las pérdidas ocasionadas por las aguas en los diversos puntos inundados, han sido inmensas, y deben llamar la atención del gobierno, para que procure que se estudien los medios de que al repetirse inundaciones de esta clase se eviten en lo posible tantos estragos.

NOTICIA BIBLIOGRÁFICA.

LO TROVADOR DE MONTSERRAT,

POESÍAS CATALANAS

DE DON VÍCTOR BALAGUER.

Patria, fides, amor. Pátria, fé, amor. Estas palabras sirven de lema al consistorio de los juegos florales, que todos los años en el mes de mayo se celebran con solemne pompa en la opulenta capital del Principado; y estas mismas palabras se leen al frente de los cantos que forman la colección de *Poesías catalanas*, compuestas por uno de sus más populares trovadores modernos; poesías catalanas, no solo por estar escritas en dialecto, ó (si esto place á mi amigo Balaguer) en idioma catalán, sino porque su espíritu, sus aspiraciones, son únicas y exclusivamente catalanas. Si mal no recuerdo, en toda la colección apenas se nombra dos ó tres veces á España, y cuando Balaguer no se inspira en su pátria, prefiere inspirarse fuera de ella, y cantar, por ejemplo, en tono levantadísimo de cierro, las desgracias y la resurrección gloriosa de Italia, á fijar sus ojos y su pensamiento en España. Hace bien, hace perfectamente Balaguer en amar á Cataluña y en dedicarle sentidos himnos; todos amamos á nuestro pueblo natal y nuestra provincia respectivos, y todos, más ó menos, les hemos pagado el tributo de nuestro cariño; pero hay otro amor más grande, el amor á la pátria de todos los españoles, el amor á España.

Yo, que he tenido ocasión de estudiar y conocer algo el carácter catalán, aseguro que este carácter es uno de los más nobles, de los más hidalgos, de los más generosos y hasta de los más simpáticos, por varios puntos de analogía, para nosotros los castellanos viejos. El catalán es inteligente, sóbrio, activo, industrioso, emprendedor, valiente, liberal, hospitalario y (lo que sorprende y admira en un pueblo tan comercial) amantísimo de las letras y de las artes: el catalán, aunque un poco reservado, en cambio cuando tiende la mano de amigo lo es de veras, y entonces da libre expansión á los sentimientos elevados que le adornan. Hecha esta justicia á su gran carácter, lamentemos que no se procure ir abandonando, sino por el contrario, se fomente esa especie de prevención con que muchos en el Principado miran todo lo que de fuera procede; esa especie de resistencia á entrar de lleno en la confianza de la gran familia española que, digámoslo de paso, no ha dado, ni da motivos para actitud semejante. ¿Sería menos catalán Balaguer si hubiera escrito sus poesías en lengua castellana? No; pero en cambio sería más español. ¿Cree firmemente y espera ver realizados ciertos sueños, que todavía bullen en la cabeza de algunos paisanos suyos? ¿Y qué ganarían suponiendo que llegaran á realizarse?... Por otra parte, la historia se encarga todos los días de contestarles: el movimiento que se observa actualmente en los pueblos de Europa, es un movimiento simpático, un movimiento de asimilación, no un movimiento repulsivo; los Estados pequeños tienden hacia los grandes; son los arroyos que van á los ríos; los dispersos miembros de las razas propenden á reunirse, obediendo á la ley de gravitación de la historia; y cualquiera que sea el resultado de las vitales cuestiones que se agitan en esta parte del mundo, quizás antes del siglo XX, Europa quedará constituida en un reducido número de nacionalidades, claramente indicadas y definidas hasta por la naturaleza misma, como puede verse con solo mirar el mapa.

La pátria del arte es el mundo; el arte es cosmopolita, y á mi ver, el poeta puede muy bien, sin perder el sello de nacionalidad, antes al contrario, conservándolo íntegro, tender la vista por el mundo, espaciar su pensamiento fuera de los limitados horizontes que siempre está viendo, para celebrar las maravillas de la naturaleza y de la civilización, y estos otros mundos, más maravillosos aun, estos otros mundos sin horizontes que el hombre lleva dentro de sí: el mundo de la inteligencia y el mundo del sentimiento. El genio no debe ser esclavo de nadie, ni aun de la pátria; por que, lo mismo que el arte, es cosmopolita; y si no debe serlo de la pátria, menos lo será de la provincia, y menos del pueblo natal: el serlo equivaldría á encerrar un águila en una jaula, para que libremente vuele, y da origen muchas veces, en poetas de poco estro, á una monotonía que quizás roba al arte sus mayores encantos. El poeta ruso ó el poeta tudesco, inspirados solamente por el amor á su pátria, y esclavos ciegos de ella, cantarían hoy como otras tantas glorias las iniquidades del reparto y martirio de la infeliz Polonia, y la opresión de la reina del Adriático. Y es que aun sobre la pátria donde hemos nacido, y donde todos los objetos hablan elocuentemente á nuestro corazón y á nuestra alma, está la humanidad, como sobre la humanidad está la justicia, y sobre la justicia Dios.

La hostilidad á que he aludido, latente unas veces y manifiesta otras, como cuando mi amigo Angelon evoca en su brioso romance *Agravis y Venjansas*, recuerdos de otros tiempos, esclamando:

Aqueixa cort de Madrid
que me escup á la cara

¿qué acredita del país?
 Jugán ab los nostros dols
 Castella 's va entretenir,
 ¡ay de ella! Si 'ls catalans
 buscan de aquets jochs desquit;

esa hostilidad, digo, debe abandonarse para siempre, y nadie como los escritores, y principalmente los poetas, pueden llevar á cabo una obra tan verdaderamente patriótica. El poeta provenzal, Federico Mistral, autor de *Mireio*, aconseja esto mismo en los *Jochs Florals* de Barcelona, del año último, cuando dice:

Aro pamens se véi, aro pamens sabén
 que dins l'ordre divin tout se fai per un bèn:
 Li Prouvencau flamo unanimo,
 sian de la grando Franco, e ni court ni coustié.
 Li Catalan, ben voulountié,
 sias de l'Espagno magnanimo.
 Car enfin á la mar fau que toumbe lou riéu
 e la péiro au clapié; detraite Vaqueiriéu
 Lou blad sarra miéus se preservo, etc.

 Car es bon d'estre noumbre.

De cincuenta y cuatro poesías originales y dos concienzudas traducciones, la una de Carlos Tanner y la otra de Enrique Heine, consta el libro que voy examinando; y en la mayor parte de ellas hay motivos de elogio y no menos de sentimiento de que su autor no sea tan conocido, para gloria suya y del país, como serlo merece, y como lo sería indudablemente á haberlas compuesto en castellano.

Entre las dedicadas á la *Pátria*, se distinguen *Los héroes del mar* por su entonación épica, por el fuego patrio que respira, y por los tiernos recuerdos de sus antepasados, cuyas sombras augustas aparecen en los aires, como los héroes osiánicos, pasando unos tras otros el rey Jaime, Pedro el Grande, don Alfonso, Roger de Flor, Roger de Lauria, Requesens, Vilamarí, Moncada (el *Neptuno catalan*, como le llaman las crónicas) Conrado de Lanza, Entensa, etc., etc., á quienes dirige cuantas alabanzas y bendiciones puede poner en los labios del poeta el amor á la patria.

¡Desperta, ferro! (grito de guerra de los almugavares) es el título de otra composición á Italia, escrita con el nervio y la valentía de algunas odas de Victor Hugo, y cuyo mérito hubiera igualado á *Los héroes del mar*, á no ocurrir á su autor la idea de variar de metro. En ¡*Alsac. Llatse!* poesía al mismo asunto, la pintura de la Italia moribunda de 1859, fechada en Turin, donde se compuso, es uno de los mejores trozos de poesía patriótica que recuerdo haber leído: Italia, la Niobe de los tiempos modernos es en el libro de Balaguer una figura que recuerda la severa magestad clásica de la estatuaria antigua, y cuya contemplación llena el alma de profunda melancolía. ¡Lástima, repito aquí también, que toda esta composición no esté escrita en un solo metro, en el primero, que es el endecasílabo con quebrados de siete! La forma de las estrofas, regular ó irregular, hubiera importado poquísimo. ¿Por qué la primera parte de esta oda es mas bella que la segunda? No vacilo en afirmar, que porque las terminaciones de sus versos son breves, es decir, son castellanas, y la mayor parte de las terminaciones catalanas son agudas, ni mas ni menos que en el francés; razon por la cual es tan poco armoniosa, tan poco poética la lengua francesa, reducida á girar siempre dentro del círculo forzado de cinco sonidos agudos. Los últimos versos de esta composición, y el último de *Génova la hermosa*, digna de figurar al lado de ¡*Alsac. Llatse!* son enérgicos, y la sublime exclamación final, propia de un excelente poeta de corazón. No los traduzco, porque son bastante inteligibles.

Final de ¡*Alsac. Llatse!*

Ja trona lo canó. Lo autócrata de Viena
 de lo alt de son palau

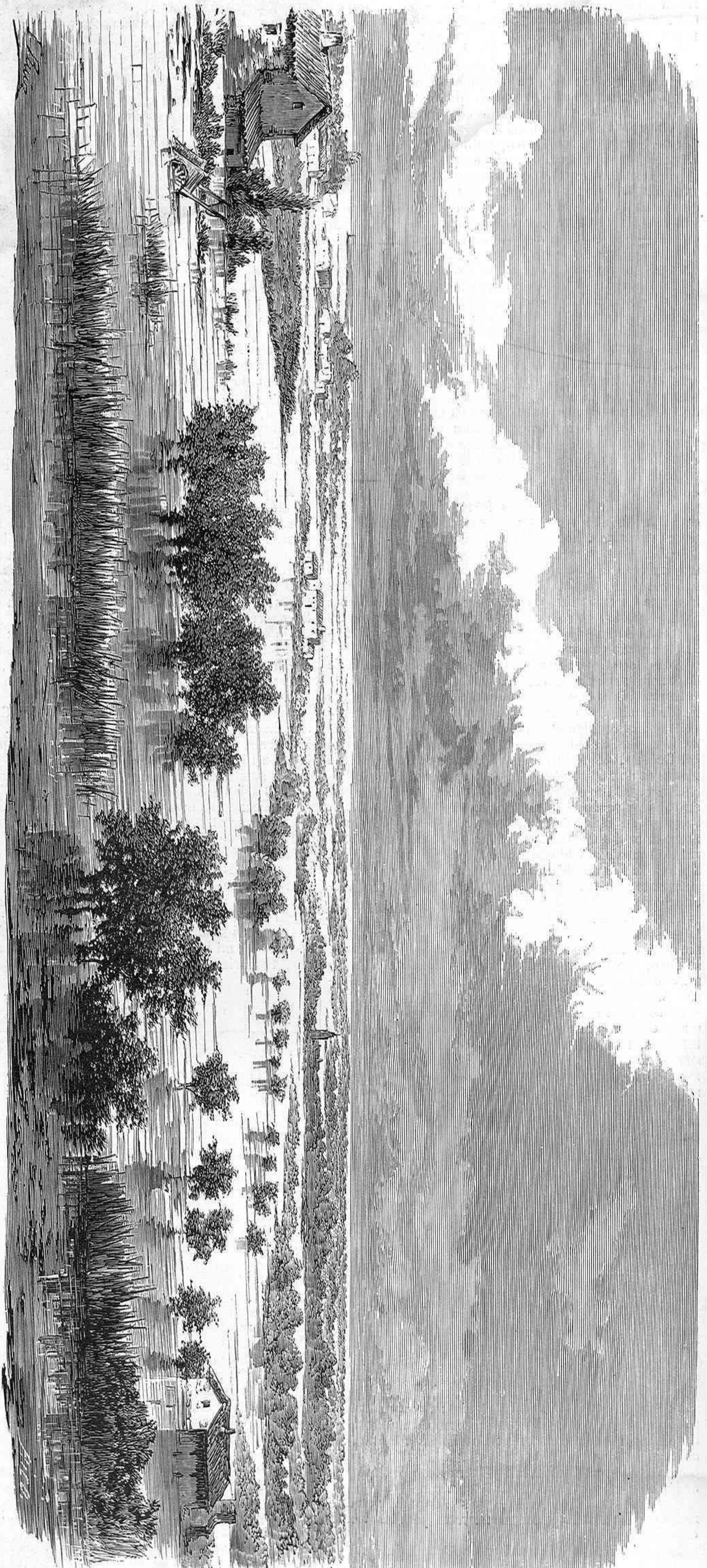
á tots sos generals adelantarse ordena,
 y de estermini y mort los vents desencadena;
 ¡alegráuvos, soldats; més, mares ¡ay! plorau!

Final de *Génova la hermosa*: una voz terrible grita á Napoleon, como el presentimiento de la que habia de perseguirle despues de la paz de Villafranca:

Fill de la libertat, has renegat ta mare!»

Los voluntaris catalans, premiada en los juegos florales de Barcelona, como otras muchas de los que componen la colección, es una poesía naturalmente simpática para mí, que al concebir la idea de los *Ecos nacionales* adopté una forma que participase de lo lírico y de lo dramático, buscando mis asuntos en las nobles manifestaciones de la vida de nuestro pueblo. ¿Cómo no habia yo de aplaudir con toda mi alma este interesante poemita, lleno de entusiasmo, de viveza, de animación, de bravura y de sentimiento? Lo aplaudo con tanto mas motivo, cuanto que nuestra grande, nuestra magnífica poesía, por circunstancias que acaso en otra ocasión esplane debidamente, va perdiendo á pasos agigantados su carácter varonil, ó en otros términos, afeminándose, pervirtiéndose, hasta el extremo de confundirse ya lastimosamente (aun por personas que

INUNDACION DEL LLANO DEL LLOBREGAT, EN LOS DIAS 8 Y 9 DE OCTUBRE ÚLTIMO. (COPIADO DEL NATURAL POR EL SEÑOR PADRÓ.)



han dado pruebas de sano criterio) y de llamar sencillo á lo prosáico, natural á lo rastrero y chavacano, á lo pobre y á lo incoloro delicado, y á la puerilidad y á la afectación ternura.

A ello ha contribuido no poco la intemperancia con que en la actualidad se usa del romance en todos los metros menores, sin duda por ser el instrumento mas dócil del poeta; lo cual ha comenzado produciendo una monotonía y un amaneramiento lastimosos, y lleva trazas de producir el descrédito de las bellas formas de la poesía *peninsular*, y digo peninsular, porque el romance es, á mi juicio, uno de los signos característicos de la raza ibérica; por eso lo tienen castellanos, catalanes, valencianos, gallegos, astures y portugueses.

Consta el poema de que iba hablando, de tres partes principales: el *canto de partida*; el *canto del combate*; el *canto de la victoria*; y en todas ellas el poeta está á la altura del asunto. En prueba de lo que digo, citaré las dos primeras estrofas del último canto, no las mejores, por cierto, pero sí las primeras que veo al ojear el libro para buscar la composición de que se trata:

Patria (1), per ta honra com bons lidiarem
forts y valents.
Cuatrocens eram quant te deixarem...
¡Ja som doscents!

Canteinne l' himne de la victoria
en mitj dels morts,
ja que escullirlos volgué la gloria
com bons y forts.
Quant vage l' himne, plé de armonia,
lo espay á umplir,
als morts mateixos nostra alegria
fará estremir.

«Patria, por tu honra como buenos lidiamos, fuertes y valientes; cuatrocientos éramos cuando te dejamos; ya somos doscientos.»

«Cantemos el himno de la victoria, en medio de los muertos, ya que escogerlos quiso la gloria como buenos y fuertes.»

«Cuando el himno lleno de armonía, resuena en el espacio, á los muertos mismos hará temblar de placer nuestra alegría.»

Lo cap d'en Armengol de Urgell, es una bellísima leyenda romántica que, por su sabor anticuado, sin violentos alardes de arcaísmo, recuerda nuestros viejos romances, y tiene, al par de poéticas descripciones, el interés y el movimiento del drama.

La oda que lleva el nombre de *Lo rey del mar*, en la cual se conmemoran y ensalzan las innumerables hazañas de Roger de Láura, juntamente con el canto de almugavares, titulado *En lo Muradal*, concluye el primer libro de las *Poesias catalanas*, ó sea el libro de la Patria. En la primera, escrita en silva, se observa mas unidad, mas regularidad que en todas las anteriores composiciones del mismo género: el segundo, es un canto de sangre, un grito pavoroso de guerra, de saqueo y de esterminio, que resuena en la edad moderna como un eco de los pasados tiempos, propio para que bendigamos cada vez mas los que alcanzamos, á pesar de sus miserias y de sus dolores.

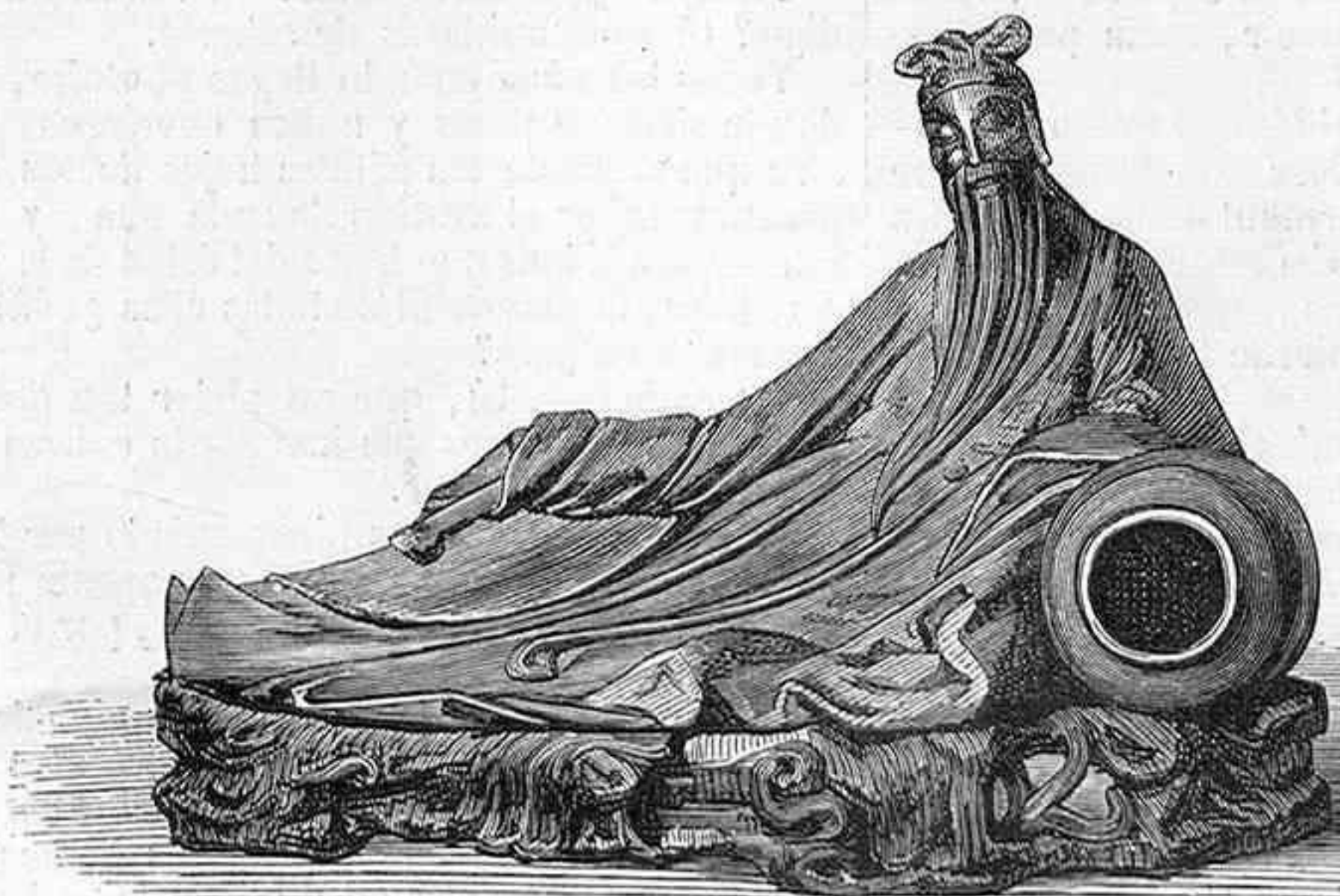
(1) Escusado es decir que la patria es Cataluña.



ESPEDICION CIENTIFICA AL PACIFICO —VI TA DE LA RUA D' OUIDOR EN RIO-JANEIRO. (REMITIDA POR ELSEÑOR CASTRO.)

Principia el libro de la *Fé (Fides)* con una poesía á la Virgen de Montserrat. El dolor del poeta, las glorias antiguas de Cataluña, las adquiridas en la guerra san-

ta de la Independencia, la misericordia, el amor y la grandeza de la *Moreneta de Montserrat*, como en otra parte llama á la patrona del Principado, á quien los



DIVINIDAD CHINA.



LEON DE BRONCE PARA QUEMAR INCENSO.

MUSEO ETHNOGRAFICO DE MADRID.

ángeles hicieron una corona *arrancando del cielo un puñado de estrellas*, todos estos objetos han sido celebrados en un himno de lo mejor que recuerdo en este género.

Las dos *Albas*, pequeños himnos dedicados también á la Virgen de Montserrat, son lindísimos, y están hechos con una facilidad que cautiva.

Les sigue *La Campana del Ave-María*. El solo título de esta obra me recordó inmediatamente el *Canto de la campana*, de Schiller; *Torres y campanas*, del malogrado Zea, y el *Bautizo de la campana*, de Victor de Laprade; tres ricas joyas de las poesías alemana, española y francesa. Mucho debía esperar de Balaguer, quien había ya saboreado las composiciones que á ésta preceden; pero el asunto lo habían tratado ya tres grandes poetas, y lo que es más, lo habían tratado, cada uno de ellos bajo un aspecto y forma distintos, de una manera magistral, sobre todo los dos primeros, y me parecía á mi punto menos que imposible que se le pudiera dar el interés que con agradable sorpresa encontré que se le daba, siendo notable principalmente por sus bellezas de estilo.

A la Verge de Reus, es otro hermoso himno, aunque más breve, que el de la Virgen de Montserrat. *Lo Senyor dels estels* y *La Nuvia*, son dos baladas que tienen la vaguedad melancólica de las baladas germánicas. La primera es incorrecta, desaliñada, y solo consta de tres estrofas, pero tres estrofas que revelan todo un poeta de sentimiento. De esta, si mal no recuerdo, oí en Barcelona que se la habían parodiado; no lo extraño; nada se presta mejor á la parodia que lo bello.

Amor es el último libro de las *Poesías catalanas*. Figura á la cabeza de este libro la composición *Ausias March* (el Petrarca lemosin). De todas las poesías de Balaguer, premiadas con la *eglantina* de oro, esta es la más floja, en mi concepto, aunque hay en ella varios rasgos de inspiración.

El *Salmo de amor* se recomienda por su sabor verdaderamente oriental.

La *Noya blanca*, *La Moreneta de Montserrat*, *Las bodas del caballero*, y *La niña del cementiri*, nada tienen que envidiar á muchas de las baladas del Norte que corren por el mundo con no poca fama; y no alcanzo por qué los extranjeros, que ya principian á traducirnos y á dar importancia á la literatura española contemporánea, han de olvidar, si las conocen y comprenden, poesías como las que examino, prefiriendo á veces cosas de otros países que apenas se merecen los honores de la lectura.

La leyenda de *La Noya blanca* es sencillísima:

Una ni había... ¡qué hermosa!
tota vestida de blanch,
en sos cabells una flor,
en su cintura un llas blau;

«había una hermosa joven de blanco toda vestida, con una flor en los cabellos y un lazo azul en la cintura»; esta joven danza con otras compañeras en la playa del mar, y á la mañana siguiente muere,

Al primer rayo del sol.

Después sigue el poeta:

La enterraren á la nit,
tota vestida de blanch,
en sos cabells una flor,
en sa cintura un llas blau.

La niña del wals, cuya frágil y triste belleza, pintada con cuatro toques maestros, tanto nos ha interesado, baja á la tumba pocas horas después con su blanco vestido de fiesta, su flor y su lazo azul.

La Nina del cementiri es la breve historia de una joven abandonada por su amante, á quien toca en el hombro al tiempo de ir á entrar él en la iglesia para casarse con otra, sin merecer al cruel ni una palabra, ni una mirada. Al contemplarle en brazos de una rival, recordando al mismo tiempo la dicha pasada y la miseria y deshonra presentes, y viendo salir de la iglesia, ya casado, al autor de ellas, la pobre muchacha desfallece, y al otro día la encuentran muerta al pie de los cipreses, tras de los cuales se había ocultado para ver la comitiva.

Las composiciones más sentidas de Balaguer suelen ser también las más descuidadas, y este es el defecto principal de las que acabo de citar. ¿Cuánto no ganarían, si su autor quisiera tomarse el trabajo de corregirlas? Pero corregirlas con pulso, pues á veces una corrección muy nimia, muy académica, es lo más á propósito para despojar de su frescura y de su lozanía á las flores más delicadas del ingenio. Dichas composiciones están, sin embargo, en romance, y por lo mismo son menos perdonables sus defectos; defectos que si en nada perjudican al fondo de la obra, no suceden así con la forma, que tanta importancia tiene en toda obra poética.

El *Pensament de nit* y el romance *Non sich, semper sed*, presentan cierta analogía con los *leids* alemanes, y yo, que los he sometido á la prueba de leerlos después de los de Goethe, confieso ingenuamente que he quedado complacido de estos trabajos de mi amigo por el candor, la elegante naturalidad y la gracia que los distinguen. El lector juzgará las dos poesías men-

cionadas, *La Nina del cementiri* y unos fragmentos de *La Campana del Ave-María* que he traducido y se insertarán en el próximo número de El Museo, rogándole me dispense ciertos defectos casi inevitables para conservar bellezas que una lima severa destruiría por completo.

Por último, las once *Albas* con que termina la colección, son á cual más agradable, y los corazones cansados que desean respirar el aire del campo y el perfume de las flores, parece que se reaniman aspirando los de este preciosísimo ramillete, como aquellas plantas medio marchitas al ardiente soplo del verano, que enderezan su tallo vivificadas por el rocío de la noche.

Doy la más completa enhorabuena á mi amigo Balaguer por sus *Poesías catalanas*; y si de algo valiera mi voto, recomendaría su lectura á todos los que leen poesías que, gracias á Dios, aun son muchos.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

EL TIEMPO.

Casi todos los que han escrito para el público, lo han hecho alguna vez sobre el *tiempo*, quizás para que éste en recompensa, conserve lo que ellos han escrito. Yo sin estas pretensiones escribo los siguientes pensamientos:

El *tiempo* es un ser invisible, y sin embargo, ejerce en el mundo un poder extraordinario.

Nadie puede detenerle en su carrera; ante nada cede, ante nada se arredra.

Llora la madre cariñosa al ver á su hijo que se dispone á partir para la guerra; llega el *tiempo* de la separación y las lágrimas en vano intentan oponerse á esta llegada que ocasiona la partida de su tierno hijo. Pero este mismo *tiempo* se lo devuelve cubierto de gloria si la muerte no le ha cubierto antes con su livido velo para abrirle, tal vez las puertas de otra gloria, en recompensa no de las acciones de guerra sino las *buenas acciones*.

Brilla hoy la joven hermosa, siendo el orgullo de sus amantes, la envidia de sus amigas, la admiración de los poetas y el encanto de la sociedad.

Envanece con su hermosura, pide á la naturaleza le ampare siempre.

La naturaleza se sonríe y le concede una esperanza. Pero esta esperanza y esta hermosura se desvanecen cuando al pasar el *tiempo* por ella, marchita su rostro y su cabeza.

Que el *tiempo* es sol que fecundiza ó mata, nadie lo ignora.

La mujer es una flor con alma. Cuando Dios se apodera de ésta, el *tiempo* marchita á aquella.

Descendamos de las reflexiones filosóficas al terreno de las reflexiones ligeras.

El *tiempo* es ligero y pesado á la vez.

Esto parecerá raro, pero pluguiera á Dios que fuesen estas solas las rarezas del *tiempo*.

Es ligero, cuando pasa veloz; y pasa veloz para el que aguarda el cumplimiento de alguna sentencia terrible, ya sea la de efectuar un pago que pueda causar su ruina, ya la de alguna desdenosa amante, ya, por último, la de muerte. Entonces los días parecen horas, las horas minutos.

Es pesado, cuando pasa lentamente, y pasa lentamente para el que espera un momento de dicha, ya sea en una herencia, ya en la dulce mirada de una hermosa amante; ya en una noticia que pueda dar vida á su ser. En este caso, los minutos parecen horas, las horas días.

El *tiempo* que se pierde no se encuentra nunca.

En vano busca el anciano los *tiempos* de su juventud.

En vano procura la mujer liviana atraer nuevamente con mentidos actos de virtud á la virtud misma, como atrajo con falsas protestas de amor á sus amantes.

El *tiempo* que entonces halagó sus caprichos, viene hoy á torturar su corazón. Es decir, sería preferible que no viniera.

Todos esperan ser felices con el *tiempo* como casi todos esperan ser dichosos casándose con la mujer que aman. En ambos casos no escarmentamos en cabeza ajena. Y es que la nuestra no debe estar muy en caja. Tal vez con el *tiempo* pensemos mejor.

El que siempre gana *tiempo*, pierde la vida ganando.

El *tiempo* entiende de música.

¿Qué fuera de las dulces armonías de Rossini, Verdi, Flotow y otros tantos inspirados compositores si el *tiempo* no hubiera venido á decirles: aquí estoy yo para regular y medir vuestras melodías?

Y de historia.

¿Qué fuera de la del mundo si no supiéramos nada de los *tiempos antiguos*?

En gramática es bastante perito.

¿Qué fuera de los verbos si careciesen de *tiempos*?

No lo es menos en el orden de la naturaleza.

Y así se dice con razón: ¡qué buen *tiempo* hace! Dios quiera que mejore el *tiempo*; el *tiempo* está revuelto, etc., etc.

Pero no es su influjo menor en la medicina.

El cura los males de ausencia eterna ó temporal con darnos á aspirar diariamente la medicina del *olvido* que no la posee ninguno de nuestros médicos; y para sanar los males físicos hace encontrar á nuestros profesores nuevas plantas benéficas, les perfecciona nuevos planes curativos, y mientras el destino nos ofrece nuevas enfermedades, el *tiempo* nos descubre nuevos remedios.

Es viejo y es joven á la vez.

Es viejo con referencia á lo pasado y joven con respecto al porvenir.

No hay objeto, no hay sitio, no hay ser, por donde él no haya pasado.

La mano del *tiempo* es en extremo patente:

Ella destruye edificios que parecían indestructibles y con su apoyo crea el hombre monumentos que son luego la admiración de los otros hombres.

Inútilmente se opone á sus designios el mundo entero.

—«Detente»—le dice el anciano que ve próxima la hora de su muerte.

—«Apresura tu paso»—le dice el joven que aspira á una posición.

Y el *tiempo* impasible ni acorta ni alarga su paso desoyendo á los unos y desatendiendo á los otros.

El rey que ayer gobernaba sus estados en el apogeo del poder, cede mañana su puesto á otro rey que le reemplaza; las generaciones se suceden, las costumbres se reproducen; el mundo cambia de faz bajo todos aspectos, y solo el *tiempo* ve impávido pasar ante sus ojos tantos cambios, tantas generaciones, tantos y tan diversos cuadros como ha presentado el mundo desde que Dios le dijo «créate.»

Para él no hay misterios y nadie puede librarse de su influencia benéfica ó perjudicial.

En todas partes hace un papel preferente, hasta en las visitas de etiqueta.

A pesar de ser invisible, todos los días recibe peticiones á cual más opuestas.

—«No hagas llover á las nubes»—le dicen los jóvenes que desean gozar del paseo.

—«Máندانos la lluvia que necesitamos»—esclaman los labradores.

—«Refréscate por Dios»—le piden algunos enfermos.

—«No nos mandes frios»—le ruegan los pobres que no tienen con que abrigarse y los que son propensos á pulmonías.

Pero nada le altera, y lo que es peor, nadie puede vengarse de él.

¡Oh *tiempo*! tú que tantos bienes atesoras y tantos males nos brindas, yo espero que contigo podré llegar al cumplimiento de mis deseos.

Yo te aprovecharé y haré por recompensar el que he perdido en este artículo hablando de tí.

No marchites mis ilusiones; y si tienes experiencia y desengaños, dame experiencia.

Haz que camine por la senda de la vida siempre, como ahora, en brazos de la alegría, y que solo vea la tristeza en lontananza para poder apreciar más el bien que poseo.

No tornes en tupido y oscuro el claro y rosado velo que cubre mi porvenir.

Déjame siempre ver al través suyo el misterioso panorama que ahora confusa y vagamente descubro.

Déjame oír al través suyo las dulces armonías que escucho, más dulces mil veces que el canto de los ruiñones al nacer el día.

Déjame aspirar al través suyo el aroma celestial que aspira mil veces más suave y exquisito, más grato y lánguido que todos los perfumes de la tierra y de las flores.

Déjame existir viendo siempre ese porvenir que me encanta.

Si es el sueño de la felicidad, no me despiertes.

Si es la felicidad real déjame la desear hasta que muera. Me parece que esta esperanza de llegar á ser feliz, debe ser más grata aun que la felicidad misma.

Tiempo, ¿qué será de mí?—Tú lo sabrás. ¿Pero qué digo? tú no te cuidarás de saberlo.

Todos los años cuando llegas al otoño, camino por donde siempre pasas y nunca envejeces, permíteme al aire que arrebate las pálidas hojas de los árboles, sin procurar saber el destino de cada una, y nosotros no somos para tí más que hojas del árbol de la humanidad.

Yo, pues, la más débil de todas ellas ¿cómo podré reclamar tu amparo?

Sin embargo, tú, que un poder tan grande ejerces en el mundo, tienes que inclinar la cabeza ante la omnipotencia de otro Ser.

Tú, que al parecer caminas guiado por los impulsos de tu voluntad no haces más que seguir por la senda que ese sublime Ser te ha marcado, por el laberinto de las vicisitudes del mundo.

Si quieres, pues, ¡oh *tiempo*! que yo de todo corazón te bendiga, más que cubrirme con los bienes terrenales, que como Jano, presentan dos caras, enséñame el camino de la virtud y de los bienes del alma y enorgullece cada vez más mi espíritu haciendo que comprenda siempre como ahora, la impotencia del hombre y la grandeza de Dios.

JOSÉ C. BRUNA.

EL ESCUDO IMPERIAL DE MEJICO.

Los *notables* mejicanos, despues de proclamar el imperio se han ocupado en idear un escudo que sirviera para significar su importancia; y en este número damos el producto de sus luminosas tareas.

Los colores del escudo imperial mejicano son los siguientes:

Corona imperial, ídem del águila, cetros, collar de la gran cruz de la orden de Guadalupe de oro, en el centro de la gran cruz una imágen de la vírgen de Guadalupe, patrona de la orden.

Manto imperial de púrpura forrado de armiño.

Diadema de oro que sirve de jefe al escudo y las plumas verdes.

Escudo azul con el águila y la culebra de color natural, el nopal verde que nace de una peña, y ésta del centro de una laguna.

La macana (espada de los indios) color pardo tirando á negro el carcaix de oro con las plumas de las flechas blancas.

La orla del escudo la componen ramas de laurel y olivo de color verde.

Las cintas son blancas con el siguiente lema, en la del lado derecho *Religion, Union*, en el izquierdo *Independencia*.

Para la formacion de este escudo no se ha tenido presente ni el mas leve recuerdo de la dominacion española, porque han puesto el escudo antiguo de los aztecas, sirviéndole de jefe la diadema de Motezuma; la macana y el carcaix son atributos aztecas tambien; los cetros de justicia y religion son atributos comunes á todos los escudos, y el collar de Guadalupe es de esta orden que creó Iturbide, fue abolida á su caída, restablecida por Santa Ana en la última época, abolida nuevamente por Juarez y vuelta á restablecer por la regeancia. Como se ve, no hay ni la mas pequeña muestra de recuerdo de España, y han hecho bien los notables en no acordarse de España para dar una muestra de su abyeccion y servilismo. La España les desprecia tanto como merecen.

POR UNA SARDINA.

CUENTO.

El tío Tabardillo, ciego que de pedir se mantenía, á una taberna dirigióse un día, y díjole en la puerta al lazarrillo: —Entra; siempre nos da la tía Tomasa algo que manducar. Entró el muchacho, y al salir dijo al ciego: —No está en casa. —¿Y no te han dado nada?

—No.

—¿Ni un cacho

de sardina?

—Tampoco.

que hueles á sardina.

—Pues yo creo

—¿Yo?

te la has comido.

—Sin duda

Y era cierto: el chico quiso engañar al viejo, que tenía el olfato muy fino; pero el viejo zurrándole el pellejo, «me hueles á sardina,» le decía.

Mas siguieron andando, y al cruzar una calle, el muchacho travieso guió tan mal al pobre Tabardillo, que en la esquina de en frente se dió un beo. Airado el ciego levantó el garrote, mas el chico dió á huir, y desde lejos le gritaba: —Tío zote, si olió usted la sardina, ¿cómo asimismo no olió usted la esquina?

LUIS RIVERA.

AMAR SIN VER.

Nunca me viste ni te he visto nunca, No me conoces y yo á tí tampoco, Y sin embargo, sin haberte visto niña, te adoro.

En una noche plácida y serena, allá en la orilla del tranquilo golfo, en medio de las sombras y el silencio misterioso,

Oí tu voz de celestial dulzura, y al oír, dos lágrimas mis ojos brotaron, cual recuerdo al bien perdido que sin consuelo lloro.

No sé si eres hermosa como ella,

no sé si es bello el tuyo cual su rostro, ni quiero verte, no se desvanezca este ensueño dichoso:

Pero sé que tu voz es dulce y tierna como la suya, que escuché de hinojos, y te ruego que cantes, que al oírte cree oírte el pobre loco.

Por eso, sin haberte visto nunca, pienso que tengas cual su voz su rostro, y no te quiero ver por si no es cierto, pero te adoro.

F.

La composicion de las antiguas medallas y monedas romanas ha sido examinada por Mr. Commaillé, el cual ha publicado una memoria acerca de esto, en la que da cuenta de la composicion de treinta y siete medallas diferentes. La base del metal empleado por los romanos, era el cobre puro mezclado con diferentes proporciones de estaño, plomo, zinc, plata, etc. Los numismáticos anteriores estaban conformes en creer que los antiguos jamás emplearon cobre puro en la composicion de sus monedas, y Mónges afirma que nunca se habia encontrado moneda alguna antigua que fuera de cobre puro, pero Pelouze afirma ahora, que no solamente ha encontrado medallas romanas en las que el cobre estaba amalgamado con cantidades muy pequeñas de otro metal, sino que ha hallado tambien varias monedas de cobre tan puro, que los procedimientos á que las ha sujetado, no le han podido descubrir ni la mas pequeña parte de otro metal. Mr. Commaillé da la descripcion y el análisis de las siguientes monedas romanas, que ha hallado entre otras en la Argelia: de Augusto, de cobre con indicios de estaño y de plomo; otra de cobre puro; Claudio I, de cobre puro; Vespesiano y Marco Aurelio, de cobre con indicios de estaño; Tito, de cobre 96'6, zinc 2'71, hierro 0'83 y señales de antimonio, etc., etc. La comparacion del análisis de Mr. Commaillé, muestra que el metal empleado variaba desde el cobre puro hasta el 10 por 100 de estaño y 28 por 100 de plomo, poco mas ó menos. En veinte y ocho monedas se han hallado combinados los tres metales; en algunas el plomo y el estaño se encontraban allí indudablemente, de un modo accidental. Mr. Pelouze halló cadmium en algunas medallas y Mr. Commaillé halló oro en las medallas de dos príncipes que ocuparon el trono imperial casi al mismo tiempo; en una moneda encontró indicios de cobalto, en otra de antimonio y en otra tercera un metal que creía que era bismuto. La memoria de Mr. Commaillé, será pues, sin duda alguna de mucho interés para los anticuarios científicos.

DSCHELLALEDIN.

CUENTO RUSO.

(CONTINUACION.)

—Ese ú otro, dijo Belogradow, todos son unos. En verdad, tía, que no comprendo qué gusto hallais en recibir á esos bárbaros en vuestra casa: ¡tienen unas maneras! ¡un orgullo!...

—¿Y qué? ¿quisieras verles bailar el minué? Ya sabes que mi marido ha de tener relaciones con ellos, y por otra parte, su conducta me parece muy buena y cortés. Si hubieras visto con cuanta bondad recibió nuestra emperatriz á los príncipes tártaros cuando se los presentaron. ¡uí á verlos á Bachtschisserai. Era un espectáculo magnífico.

Y Anissia contó detalladamente todo el viaje de Catalina y el ceremonial de la corte.

—¿Teneis noticias de vuestro hermano? dijo interrumpiendo el coronel en el momento en que su mujer tomaba aliento. ¿Dónde esta ahora?

—En Petersburgo; ayer recibí carta suya. Es un hombre feliz, siempre en medio de fiestas y ascendiendo cada vez mas. A propósito, vengo á deciros adios.

—¿A dónde vais?

—Al cuartel general; mas, segun pienso, por poco tiempo. Mi vida está en vuestra casa. Volveré lo mas pronto posible á echarme á vuestros pies, hermosa prima.

El elegante artillero se marchó. Mientras coloca en su valija sus frascos de esencias y de pomadas, diremos algunas palabras acerca de él. Era hijo de un pariente de Anissia. La llamaba tía, segun costumbre de los rusos, que conservan sus títulos de parentesco hasta el décimo grado. Poseía una fortuna regular y habia sido bastante bien educado. Pero, vanidoso y ligero, se vanagloriaba del corte de sus trajes y aprovechaba todas las ocasiones para hablar pomposamente de sus bienes, de sus altas relaciones y de su hermano, oficial de los guardias. Todos se burlaban de sus fanfarronadas; por lo demás, le tenían por buen chico.

El tártaro volvió al día siguiente, como habia prometido.

Esta vez, parecia menos turbado, agradó mucho á

Mad. de S... escuchando sus largos relatos, y al coronel, alabando con admiracion y comprando sin regatear el soberbio Nalet. Ambos le instaron que fuera á verles á menudo. Un mes despues, escribia Ludmilla á una de sus amigas la siguiente carta:

—«Me echas en cara, Daschinka, que te escribo de tarde en tarde. Me falta tiempo, créeme; desde que estamos en Crimea he bordado ya dos vestidos para mi madre, y ya sabes cuan largo es ese trabajo. Es bien extraño, que no pueda yo acostumbrarme á dar á esta mujer el nombre de madre. Siempre que la llamo así, me parece que ultrajo al ángel de mi infancia, á mi verdadera madre. ¡Ay! querida Daschinka, no se me permite ni siquiera llorar. Me esfuerzo por ahogar mis penas, Dios solo las ve. A veces tengo el alma tan pesada, tan triste, que me parece que todas mis alegrías me han sido arrebatadas por el cielo, y que ya no puedo esperar ninguna en este mundo. ¿Qué te diré de nuestra Crimea? No conozco mas que el valle ocupado por el regimiento de mi padre. Es un sitio encantador: ¡qué hermosos jardines y cuantas flores! No lo creerás si te digo que los almendros y los olivos crecen aquí como los abedules en nuestro país. ¡Qué fuentes! ¡Qué límpidos arroyos! He cogido para tí conchas del mar. En un principio me socrecogí cuando ví el mar agitado por la tempestad y sus olas levantarse como si quisieran inundar el mundo. Pero en tiempo sereno, está alegre y trasparente como un arroyo; ahora me gusta mucho contemplarlo.

«Tenemos aquí muy buena sociedad, damos frecuentes paseos por los alrededores, y algunas veces vamos al baile. Nuestra música militar es excelente y no faltan jóvenes. Es preciso que te hable de una nueva amistad que hemos hecho, de un príncipe tártaro muy rico, que viene á vernos á menudo. He notado que Belogradow no le agrada. Ya conoces á ese fátuo, no puedo sufrirlo. Belogradow le ha ofendido la primera vez que se vieron, y le ofende todavía siempre que halla ocasion. Algunas veces se ha irritado tanto el príncipe que ha costado mucho á mi padre el evitar un duelo; ahora se ha marchado ese tonto vanidoso, y la casa está en paz. Mi madre, que siempre está ocupada en una infinidad de cosas, me deja á menudo sola con el príncipe. Hablamos juntos horas enteras. La originalidad de su conversacion y de sus ideas me gusta mucho: es ingenioso y agrada á las señoras. Confieso tambien que no es feo; ¡pero que ojos tiene! No puedo describirte su expresion; no puedo acostumbrarme á ella; ¡y cómo me miran sus ojos! En este momento estoy sola en mi cuarto y me ruborizo al acordarme de semejante mirada. Me sucede á menudo estar aplicada á mi trabajo; mas, en cuanto fija sobre mí sus negros y ardientes ojos; aunque no los vea yo, los siento como si el sol de medio día lanzara sobre mí sus rayos, como si dos carbones encendidos brillaran dentro de mi alma. Voy á sentarme al piano para dominar mi turbacion; toco, canto; el príncipe me escucha con extrema atencion. Debe gustarle mucho la música; algunas veces se me ocurre una idea, pero la rechazo al instante. No me preguntes cuál es esta idea, apenas me atrevo á confesármela á mi misma. Adios, querida amiga, me están llamando.»

Un mes habia trascurrido; Dschellaledin estaba cada vez mas solícito para con Ludmilla y podia apenas reprimir su pasion. Mas de una vez, cuando se encontraba solo con ella, hubiera querido espresarle sus sentimientos; mas entonces se sentia de pronto sobrecogido de un temor insuperable: se callaba. ¿Y Ludmilla? No podia esplicarse sus emociones y no intentaba analizarlas. El culto respetuoso y silencioso del musulman lisonjaba su vanidad; la singularidad de estas relaciones halagaba su imaginacion. No pensaba en lo que podia sobrevenir. No veía que el amor iba naciendo del gusto que experimentaba al contemplar al príncipe, al escuchar sus palabras y sentir el fuego de sus miradas.

Mas ¿en qué pensaban los padres? dirán nuestros lectores. El padre pensaba en sus caballos, en los ejercicios de su regimiento; la madre, ocupada con su *toilette* y la de su hija y con su casamiento, se decía á sí misma que no le faltaba al príncipe mahometano mas que el bautismo cristiano para ser un buen partido. Esta idea se fue desarrollando poco á poco en su mente; sabia que el príncipe debia heredar dos posesiones considerables, varios jardines en el valle mas hermoso del imperio ruso, y varias casas en Bachtschisserai y en Caffa. Estos eran los bienes inmuebles; además el padre del joven poseía dinero y alhajas. ¡Ah! si pudiera decidirse el enamorado musulman á cambiar de religion, desaparecerian todos los obstáculos y Ludmilla seria una princesa muy rica... princesa tártara, en verdad; pero que importaba, siempre era un hermoso título. Una tarde en que Mad. de S... estaba cogiendo fruta en un jardín y que el coronel estaba en el salon con su hija y el príncipe, entró de repente Belogradow.

—¡Gran noticia! ¡Gran noticia! exclamó. ¡La guerra!..

—¿Con quién? ¿Por qué? preguntó el coronel.

—Con la Turquía. El divan, despues de haber propuesto á nuestro embajador condiciones absurdas, lo ha encerrado en el castillo de las Siete-Torres. Rusia no puede naturalmente sufrir semejante ultraje. ¡Bien! ¡Una guerra! Una campaña!

—Eso es un cuento.
—¿Cómo? Vengo del cuartel general, donde se acaban de recibir despachos.
—En todo caso, no se dejará la Crimea sin tropas...

El coronel se contuvo, probablemente para no herir á su huésped por medio de una sospecha. Mas Belogradow no tenia el mismo escrúpulo.

—Teneis razon, exclamó, los hijos de Mahoma están unidos todos y son cómplices todos de los mismos proyectos.

—¿Pedro!

—Lástima, en verdad, que no espulsen á esa raza de Europa. ¿Vereinos todavía mucho tiempo á esos barbaros ocupar la parte mas bella del mundo?

—¿Pedro, silencio!

—Se deberia emprender una Cruzada, invadir la Turquía, matar á los musulmanes y entonces Constantinopla seria nuestra. ¡Oh! ¡Cuántas riquezas! ¡Qué hermosas mujeres! Bajo mi palabra, quiero alistarme el primero en esta Cruzada.

—¡Silencio! gritó el coronel; ¿cómo podéis hablar de esa manera? Y le indicaba al príncipe.

En aquel momento, de lo alto del minarete, llamaba el muezzin á los fieles á la oracion de la tarde. El príncipe se levantó y echó alternativamente una mirada sombría al coronel, á Ludmilla y á Belogradow.

—¿Por qué he de tener reparo? prosiguió el atolondrado oficial. Por lo demás, hé aquí la hora en que tiene que hacer sus abluciones y orar.

—Señor teniente, dijo el príncipe asiéndolo del brazo, Dios sabe cuál de los dos tiene mas razon de orar. Entre tanto, ¿tendéis la bondad de hacer conmigo una ablucion segun vuestros usos europeos?

El oficial retrocedió sobrecogido por tan brusca proposicion.

—¿Y qué? exclamó, ¿qué quereis?

—Una prueba del valor del nuevo cruzado. Quiero ver si vuestra mano es tan segura como vuestra lengua afilada.

—¡Un desafio! ¡Y con un tártaro! tendria que ver. El decreto del 21 de abril prohíbe los desafios.

—Rehusais; me he callado por respeto á esa casa, cuando habeis atacado mi pais y á mis correligionarios. Ahora me atacais á mí mismo: seria vergonzoso para vos el no aceptar mi proposicion.

El coronel quiso calmar la ira del príncipe, mientras aconsejaba á Belogradow que se escusara.

—No hay excusa, dijo el príncipe, que pueda borrar este ultraje. Desde que nos encontramos por primera vez, ha sido este hombre grosero conmigo; he podido perdonarle sus malos modos; mas parece que quiere hacerme objeto de sus sarcasmos... ¿Sabeis que otros en mi lugar le habrian ya arrancado la lengua? No quiero manchar con sangre vuestra casa; pero es preciso que me dé una satisfaccion, siguiendo vuestros usos.

Todas las instancias del coronel fueron inútiles. El príncipe estaba furioso, y Belogradow no queria aceptar el desafio ni excusarse. El coronel se lo llevó á otro cuarto. Ludmilla temblaba llorando. El príncipe se acercó á ella y le dijo:

—¡Vos aquí! Habeis oido todo y llorais. ¿Sin duda temeis por él?

—No, príncipe; pero un desafio es horroroso. Uno cae, al otro le envían á Siberia. ¡Ah! ¡Qué horrible recuerdo guardaré de este día! ¡Cómo nos pagais nuestra hospitalidad!

—¿Pedís favor para él?

No para él. Para mí, para la tranquilidad de mi padre; yo os lo suplico, príncipe: consentid en una reconciliacion. En mi vida he pedido nada á nadie, y ya lo veis, las lágrimas me ahogan.

—¿Mas por qué esas lágrimas, esa ansiedad? ¿Le amais?

Al decir esto, fijaba en la jóven una mirada penetrante. Ludmilla levantó la cabeza, exclamando:

—¡El... nunca le he amado; ahora le odio.

El príncipe, fuera de sí, le cogió temblando la mano, la puso sobre su corazon, y la llevó á sus labios. En vano Ludmilla intentó apartarla.

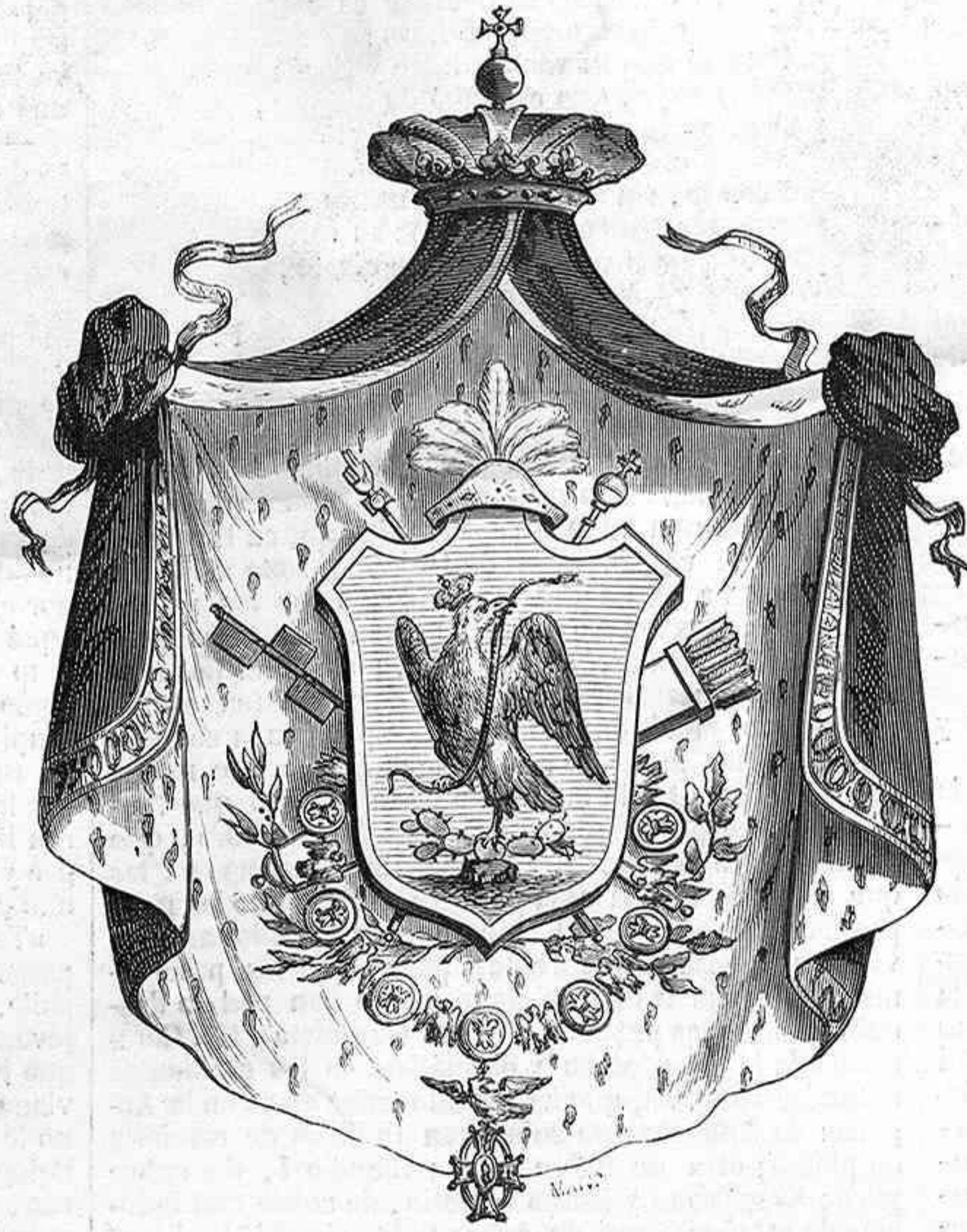
—Príncipe, le dijo, si estimais alguna cosa en este mundo, si amais en él á alguien, os lo suplico, renunciad á ese desafio.

—¡Oh Ludmilla! hay un ser á quien amo mas que á mi quietud, mas que á mi honor. Decid lo que debo hacer. Mandad: en este momento, me echaria á los pies de mi enemigo.

—Pues bien, reconciliaos.

—¡Sea! Que me traten de cobarde. Perdono todas las ofensas por vos, Ludmilla, y ahora, preguntadme si amo.

En aquel momento, entró el coronel con Belogradow. Se fué rápidamente á él, y tendiéndole la mano, le dijo: «Quereis reconciliarme con este oficial, consiento



ESCUDO IMPERIAL DE MEXICO, IDEA DO POR LOS NOTABLES.

en ello. No me hacen falta sus excusas.» Al decir estas palabras, se precipitó fuera del salon, dejando á los dos rusos estupefactos.

Algunos dias despues, escribia Ludmilla á su amiga lo siguiente:

«Ya ha estallado ese pensamiento, en el que no me atreva á fijarme. Me ama... mi mano y mi corazon tiemblan al escribir estas palabras. ¡Oh! ¿por qué no he huido de él desde que le ví por primera vez? Nunca hubiera yo creído que llegara á olvidarse de la valla que pone la religion entre nosotros. ¿Por qué se ha explicado con tanta claridad? ¿Por qué no ha oido Dios mis plegarias, cuando le pedia ayuda en medio de mis vagos presentimientos?... ¿Qué oracion podré ahora dirigirle? Ahora siento que amo tambien al musulman. ¡Ah! ¿Cómo borrar hasta el último indicio de tan culpable amor? Ahora te causo horror ¿no es verdad? Pero mirame, estoy sola, enteramente sola, no tengo á nadie que me aconseje, y sin embargo, he tomado una resolucion... no le volveré á ver mas. ¡Ay! ¿Por qué profesa otra religion que la mia?... No le volveré á ver jamás.»

Ludmilla cumplió su palabra; pretestó una enfermedad, se encerró en su cuarto, y no se presentó mas en el salon. A cuantas preguntas hacia el príncipe, le respondian: «Está enferma.» Sus padres no mentian, creyéndola realmente enferma, porque se habia cambiado notablemente; su madre le hacia solamente cargos porque de continuo estaba encerrada, suplicándola que bajara al salon, aunque no fuera mas que un momento. «El príncipe pregunta por tí, le decia, el príncipe desea verte.» Nada hacia vacilar á la jóven en su determinacion.

En vano Dschellaledin venia, mañana y tarde, á casa del coronel; en vano pasaba diez veces cada dia bajo sus ventanas, con la esperanza de ver el rostro de su amada, de oír su voz. Ludmilla se ocultaba. Dschellaledin la buscaba con el ardor de un oriental que no tiene medida, ni para el amor, ni para el odio. Permanecia insensible á las advertencias que le hacia su padre acerca de sus continuas escursiones, á la solicitud de su madre, á quien veia palidecer.

Los tártaros acababan una tarde de retirarse á sus casas; la mezzquita estaba vacía, los baños volvían á sus apriscos. El mollah y algunos de los principales jefes de la tribu, se reunieron en casa de Tschagir-Agadur. Bajo uno de los árboles del jardin se puso una alfombra sobre el césped. Trajeron una mesa cincelada cubierta de sorbetes; los convidados se sentaron alrededor, fumaron al pronto algunas pipas, y saborearon en silencio algunas tazas de café puro. Despues se pusieron á hablar de la carestía de las cosas, de los malos tiempos, y un poco mas bajo de los rusos.

—Fuerte y poderoso es el buitre, dijo Tschagir-Agadur; hay, sin embargo, un ave que puede vencerle.

—¡Dios te bendiga! dijo el mollah. Mas ¿dónde está esa ave? Ya es hora que despliegue sus alas.

—Ya ha afilado sus garras. ¿No lo sabiais?

—¿Qué?

—El bajá ha declarado la guerra á Rusia. —Allah es grande, y Mahoma es su profeta. En esta ocasion, ¿irás á Turquía ó enviarás á tu hijo? preguntó el mollah.

—Dios ilumine tu entendimiento, Abdul-Melech: ¿no sabes que los turcos asesinaron á mi hijo mayor? No, yo no saldré de aquí, hasta que...

—Mas ¿dónde está tu hijo? preguntó uno de los convidados? Hace mas de dos meses que no se le ve. ¿Qué le ha sucedido?

—¿Quién puede sondar el corazon del hombre? Yo mismo no conozco ya á mi hijo. Dia y noche vaga por los bosques y las montañas; ya ha muerto dos caballos; de dia en dia le veo perder, y ya no contesta á mis preguntas.

—Es triste, muy triste, dijo el mollah moviendo la cabeza y pasando la mano por su canosa barba; ¿no sabes lo que su alma desea?... Una compañera. Piensa en ello, que ya es tiempo. Tiene veinte y un años.

—Tienes razon. Mas ¿dónde encontrar la perla digna de mi Dschellaledin? prosiguió el príncipe con paternal orgullo.

—¡Por el profeta! ¡Tus pretensiones son muy altas! No todas las rosas de Bachtchiserai se han agostado aun, las hermosas no han desaparecido de la tierra de los creyentes. ¿Conoces á la hija del príncipe Chadschi? Hé ahí una mujer digna de tu hijo.

El pensamiento de casar á Dschellaledin agradó al príncipe. Se informó de las cualidades de la jóven, y todos los presentes la elogiaron en extremo.

Un momento despues, pasaba un caballo á galope por el camino y entraba en el patio. Dschellaledin puso pie á tierra, echó la brida de su corcel entre las manos de un criado, y con la mirada abatida y la cabeza baja se dirigió al jardin.

—El caballo ha corrido terriblemente, dijo el criado, y ni siquiera le ha hecho una caricia, ni siquiera le ha mirado. ¿Qué le pasa á nuestro príncipe?

—Esto va mal, dijo otro criado, y ambos se pusieron á hablar en voz baja.

Al oír las voces de los convidados reunidos en el jardin, se retiró Dschellaledin á un sitio apartado, y se sentó en un banco: su corazon estaba profundamente triste.

Todos los dias salia de casa con la esperanza de ver á Ludmilla, y todos los dias le respondian: está enferma.

Apoiada la cabeza en su mano, permanecia Dschellaledin sumido en sus amorosos ensueños, tristes ensueños que no hubiera querido cambiar por todos los tesoros del Oriente.

Los convidados acababan de salir del jardin; todo dormia en la aldea, y él estaba todavía inmóvil en el banco. De pronto oyó un ruido leve entre los árboles, y un velo blanco flotó en la oscuridad.

—Todavía triste y solo, dijo una voz de niña, ¿ha abandonado, pues, la alegría para siempre tu alma?

—¡Ah! eres tú, sobrina mia. Buenas noches, querida. ¿Te has divertido mucho hoy?

—Emina no puede divertirse cuando lloran sus amigos.

—¿Quién llora, pues?

—Tú, Dschellaledin.

El príncipe se calló.

—Tu madre te llama á cenar.

—No quiero cenar.

—¿Qué le diré, pues?

—Dí que no tengo ganas; dí lo que quieras.

—¿Sabes, Dschellaledin?...

Y despues de un momento de silencio:

—Pronto volverás á estar alegre.

—¿Por qué?

—Han descubierto el secreto de tus penas y han encontrado un talisman.

—¿Qué han descubierto? exclamó Dschellaledin levantándose precipitadamente.

—No te enfades, no quiero enojarte. Mas soy feliz al pensar que pronto lo serás tú.

—No me enfado, Emina; pero cuéntame lo que sabes; nada me ocultes.

—Te quieren casar. Dicen que una mujer aliviará tus penas.

—¿Yo casarme! ¿Y con quién?

Emina le contó que estando en el jardin, habia oido la conversacion de su padre con el mollah.

—¡Ah! ¡eso quieren!... dijo Dschellaledin; pero aun no lo han conseguido. Ludmilla, es menester que yo te vea, aunque estuvieras separada de mí por una triple muralla. ¡Mi caballo, mi caballo! gritó con voz sorda.

—¿A dónde vas tan tarde?

—Adios, Emina; di á mi madre que no me espere hoy.

(Se continuará.)

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE. D. JOSE GASPÁR,
IMPRESA DE GASPÁR Y ROIG, E. H. IRE, MADRID. PRINCIPLE. 4.